

LA ARGUMENTACIÓN MORAL EN "LA NOVELA DEL CURIOSO IMPERTINENTE", DE MIGUEL DE CERVANTES SAAVEDRA

Diego Antonio Pineda R.*

Pontificia Universidad Javeriana (Bogotá)

Resumen: El presente texto es un experimento: el de leer la Novela del curioso impertinente con el fin de encontrar en ella modelos diversos de argumentación práctica. Persigo allí –particularmente en el diálogo inicial entre Anselmo y Lotario– la forma como se ofrecen tres formas básicas de razonamiento moral, según el conflicto pueda ser objeto de acuerdo y negociación, se dé entre principios del buen vivir y sentimientos que nos desbordan, o se presente entre deberes morales y las pautas elementales de una acción razonable. Cada uno de estos conflictos da lugar a formas de argumentación bastante diferentes, pero ninguna de ellas se presenta como forma única o absoluta de conducir la reflexión moral. Sugiero que la "curiosidad impertinente" de Anselmo obedece a la absurda pretensión de pretender alcanzar en cuestiones morales más precisión que aquella que la materia consiente. Me apoyo para mi lectura del texto de Cervantes en pasajes de la Ética Nicomaquea de Aristóteles y algunos escritos de Martha Nussbaum.

La imaginación literaria es parte de la racionalidad pública, pero no el todo. Y creo que sería extremadamente peligroso sugerir que el razonamiento moral regido por reglas sea reemplazado por la imaginación empática. De ninguna manera hago esa sugerencia. Defiendo la imaginación literaria precisamente porque me parece un ingrediente esencial de una postura ética que nos insta a interesarnos en el bienestar de las

(*) Trabajo presentado en el IX Coloquio Interno de Profesores Facultad de Filosofía Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, Octubre 23 y 24 de 2001.

personas cuyas vidas están tan distantes de la nuestra. Esta postura ética deja amplio margen para las reglas y los procedimientos formales, (...) una ética de respeto imparcial por la dignidad humana no logrará comprometer a seres humanos reales a menos que éstos sean capaces de participar imaginativamente en la vida de otros, y de tener emociones relacionadas con esa participación.

Martha Nussbaum

Bien –dijo el cura– me parece esta novela; pero no me puedo persuadir que esto sea verdad; y, si es fingido, fingió mal el autor, porque no se puede imaginar que haya marido tan necio, que quiera hacer tan costosa experiencia como Anselmo. Si este caso se pusiera entre un galán y una dama, pudiérase llevar; pero entre marido y mujer, algo tiene de imposible; y en lo que toca al modo de contarle, no me descontenta.

Don Quijote de la Mancha, Parte I, Capítulo 35

I. IMAGINACIÓN LITERARIA Y ARGUMENTACIÓN MORAL

La importancia de la imaginación literaria en la formación de una racionalidad pública y, más específicamente, de la lectura de novelas como un modo de desarrollar la reflexión moral ha sido destacada en repetidas ocasiones por la filósofa norteamericana Martha Nussbaum en algunos de sus escritos¹. Según Nussbaum, en las novelas encontramos un sentido de la vida encarnado, cuyo desentrañamiento puede ser, y resulta ser, significativo para la indagación filosófica. Dicho "sentido de la vida" se expresa de múltiples formas, no sólo en las argumentaciones que en ellas puedan estar presentes, sino también en el modo de sentir e imaginar sus personajes; o en la manera misma de narrar una historia: en la forma y textura de sus frases, en su esquema narrativo, en las estrategias de lectura que suscita, y, sobre todo, en los diversos modos en que el texto puede interpelar a sus hipotéticos lectores².

Este proyecto de formación del razonamiento ético a partir de la lectura de novelas se encuentra más ampliamente desarrollado en el capítulo primero de *Justicia poética*, de donde me permito citar a continuación algunos pasajes. Dice allí Martha Nussbaum:

El arte literario, decía Aristóteles, es "más filosófico" que la historia, porque la historia se limita a mostrar "qué sucedió", mientras que las obras literarias nos muestran "las cosas tal como podrían suceder" en la vida humana. En otras palabras,

¹ Cfr. especialmente su libro *Justicia poética. La imaginación literaria y la vida pública*, Santiago de Chile, Editorial Andrés Bello, 1997. Puede verse también su artículo "Introducción: forma y contenido: filosofía y literatura", en *Estudios de filosofía*, Universidad de Antioquia, Instituto de Filosofía, 11, Febrero de 1995, 43-106.

² Cfr. NUSSBAUM, Martha, *Justicia poética*, p. 28.

la historia se limita a consignar los hechos concretos, aunque no representen una posibilidad general para la vida humana. La literatura se centra en lo posible, invitando al lector a hacerse preguntas sobre sí mismo. Aristóteles está en lo cierto. A diferencia de la mayoría de las obras históricas, las obras literarias invitan a los lectores a ponerse en el lugar de personas muy diversas y a adquirir sus experiencias. En su misma forma de interpelar al lector hipotético, transmiten la sensación de ser eslabones de posibilidad, al menos en un nivel muy general, entre los personajes y el lector. En consecuencia, activan las emociones y la imaginación del lector, y lo que a mí me interesa es la naturaleza de esta actividad y su relevancia para el pensamiento público.

(...) la buena literatura es perturbadora de una manera en que rara vez lo son la historia y las ciencias sociales. Como suscita emociones poderosas, desconcierta e intriga. Inspira desconfianza por la sensiblería convencional y provoca una confrontación a menudo dolorosa con nuestros pensamientos e intenciones. (...) Las obras literarias que promueven la identificación y la reacción emocional derriban esas estrategias de autoprotección, nos obligan a ver de cerca muchas cosas que pueden ser dolorosas de enfrentar, y vuelven digerible este proceso al brindarnos placer en el acto mismo del enfrentamiento.

(...) La novela es una forma viva de ficción que, además de servir de eje de reflexión moral, goza de gran popularidad en nuestra cultura. Se pueden decir muchas cosas a favor de la tragedia clásica e isabelina que están estrechamente relacionadas con lo que diré sobre la novela (...). Pero, si deseamos hablar de la vida pública contemporánea, y del modo en que las circunstancias concretas moldean las emociones y aspiraciones humanas, parece aconsejable centrarse en un género que todavía sea fecundo, y donde las circunstancias concretas que se describen sean relevantes para nuestras discusiones.

(...) la novela es concreta en una medida que no suele tener parangón en otros géneros narrativos. Se podría decir que su asunto consiste en la interacción entre las aspiraciones generales humanas y ciertas formas particulares de la vida social que alientan o frustran dichas aspiraciones, modelándolas en el proceso. La novela presenta formas persistentes de necesidad y deseo humanos encarnadas en situaciones sociales específicas. Estas situaciones suelen diferir bastante de la del lector. La novela, reconociéndolo, apela en general a un lector implícito que comparte con los personajes ciertas esperanzas, temores y preocupaciones generales, y que por este motivo puede formar lazos de identificación y simpatía con ellos, pero que también vive en un ámbito distinto y necesita informarse sobre la situación concreta de los personajes. De esta manera, la misma estructura de la interacción entre el texto y su lector implícito invita al lector a ver cómo los rasgos mudables de la sociedad y las circunstancias afectan la realización —más aún, la estructura misma— de las esperanzas y los deseos comunes³.

El presente escrito, aunque inspirado de algún modo en los anteriores pasajes de Nussbaum, tiene una intención diferente a lo propuesto por ella y se apoya en un tipo de novela diferente a lo que ella llama "novela realista". Por una parte, no me propongo de momento entrar a analizar en su conjunto el "sentido de la vida" presente en la novela de Cervantes que he escogido

³ *Ibidem*, pp. 29-33.

como objeto de mi reflexión, *El curioso impertinente*, sino solo un aspecto específico que creo ver allí desarrollado de un modo particularmente ilustrativo: la argumentación moral; dejando de lado muchos otros aspectos que podrían dar lugar a consideraciones éticas o estéticas de singular importancia: el análisis de vicios y virtudes y el modo como ellos se encarnan en ciertos personajes; los rasgos más destacados de la moralidad de comienzos del siglo XVII y el modo como éstos se reflejan a través del escenario y la trama de la obra; el tipo de certeza que es posible alcanzar en cuestiones morales; la condición de la mujer en una sociedad caballeresca; el lugar de la fortuna en los asuntos humanos o el vínculo indisoluble entre las pasiones amorosas y la tragedia.

Por otra parte, el presente escrito no se basa en lo que Nussbaum llama “la novela realista angloamericana”⁴, sino, más bien, en lo que Cervantes prefirió llamar “novelas ejemplares”, un género inspirado en la *novella* italiana que hizo famosa especialmente Boccaccio y que consiste en una narración imaginativa de mediana extensión (a mitad de camino entre la narración larga, o “historia fingida”, y el cuento) y que, sobre todo, tiene como una de sus finalidades básicas la de ofrecer a hombres y mujeres de toda época los diversos peligros a que conducen las pasiones humanas cuando éstas no son guiadas por una razón recta. Una “novela ejemplar”, de las que Cervantes escribiera tantas⁵, es, por cierto, una mezcla compleja y fascinante de los ingredientes esenciales de una buena historia: humor, sátira, ingenio, tragedia, absurdo, etc.; todo ello, acompañado de una prosa inmortal como la cervantina, hace de la narración, que tiene por fin ofrecer un cierto “ejemplo de vida”, además de una ocasión para el entretenimiento, un momento para la reflexión moral en la que se combina el espectáculo de las pasiones humanas con la reflexión serena y la buena argumentación, y en donde el lector puede encontrar un espejo moral en el cual verse reflejado⁶.

⁴ Con este término designa Nussbaum a cierto tipo de novelas que se ocupan de temas sociales y políticos. En *Justicia poética* se ocupa básicamente de dos de estos textos: *Tiempos difíciles*, de Charles Dickens, e *Hijo nativo (Native Son)*, del escritor negro Richard Wright, una novela testimonial estadounidense en la que se narra la vida de Bigger Thomas, un joven negro que se cría en las sórdidas barriadas de Chicago y es condenado y ejecutado después de matar accidentalmente a la hija de su patrón.

⁵ Cfr. CERVANTES, Miguel de, *Novelas ejemplares* (2 tomos), Madrid, Losada-Océano, 1998. Se agrupan allí doce títulos diferentes, entre los que se destacan historias tan conocidas como *El licenciado Vidriera*, *Rinconete y Cortadillo* o *El celoso extremeño*. Conviene señalar aquí que, aunque el texto con el que aquí trabajaremos, *El curioso impertinente*, no hace parte de estas *Novelas ejemplares*, sino que fue publicado como una parte del *Quijote*, es en todo semejante con aquéllas.

⁶ En el “Prólogo al lector” de sus *Novelas ejemplares*, nos ofrece Cervantes la siguiente explicación sobre el sentido que tienen estos escritos:

“Y así te digo, lector amable, que destas novelas que te ofrezco en ningún modo podrás hacer pepitoria, porque no tienen pies ni cabeza, ni entrañas, ni cosa que les parezca: quiero decir que los requiebros amorosos que en algunas hallarás son tan honestos y tan medidos con la razón y discurso cristiano, que no podrán mover a mal pensamiento al descuidado o cuidadoso que las leyere.

Heles dado el nombre de ejemplares, y si bien lo miras no hay ninguna de quien no se pueda sacar algún ejemplo provechoso; y si no fuera por no alargar este sujeto, quizá te mostrara el sabroso y honesto fruto que se podría sacar, así de todas juntas como de cada una de por sí.

Cuando el cura y el barbero del pueblo regresan con Don Quijote y Sancho Panza de la Sierra Morena, donde el Caballero de la Triste Figura ha estado haciendo penitencia, llegan una noche a una venta, en donde, para entretenimiento de todos, el cura inicia la lectura de una novela. Nos lo relata Cervantes de este modo:

Llevábase la maleta y los libros el ventero, mas el cura le dijo:

– Esperad, que quiero ver qué papeles son esos que de tan buena letra están escritos.

Sacólos el huésped, y dándoselos a leer, vio hasta obra de ocho pliegos escritos de mano, y al principio tenían un título grande que decía: Novela del Curioso impertinente. Leyó el cura para sí tres o cuatro renglones y dijo:

– Cierta que no me parece mal el título desta novela, y que me viene voluntad de leella toda⁷.

Empieza a continuación la lectura de la novela en mención, que sólo se verá interrumpida, ya hacia su final, por el enfrentamiento de Don Quijote con unos cueros de vino a los que confunde con el gigante enemigo de su señora, la princesa Micomicona. De este pasaje del *Quijote*, que corresponde a los capítulos 33 a 35 de su Primera Parte, nos ocuparemos a continuación, observando sobre todo el modo como allí argumentan sus dos personajes principales: los amigos Anselmo y Lotario.

II. ANSELMO: EL CONFLICTO ENTRE LOS PRINCIPIOS DEL "BUEN VIVIR" Y LOS SENTIMIENTOS QUE NOS DESBORDAN

En Florencia, ciudad rica y famosa de Italia, en la provincia que llaman Toscana, vivían Anselmo y Lotario, dos caballeros ricos y principales, y tan amigos, que, por excelencia y antonomasia, de todos los que los conocían "los dos amigos" eran llamados. Eran solteros, mozos de una misma edad y de unas mismas costumbres, todo lo

Mi intento ha sido poner en la plaza de nuestra república una mesa de trucos donde cada uno pueda llegar a entretenerse sin daño de barras; digo, sin daño del alma ni del cuerpo, porque los ejercicios honestos y agradables antes aprovechan que dañan.

Sí, que no siempre se está en los templos, no siempre se ocupan los oratorios, no siempre se asiste a los negocios, por calificados que sean: horas hay de recreación, donde el afligido espíritu descansa.

Para este efeto se plantan las alamedas, se buscan las fuentes, se allanan las cuestas y se cultivan con curiosidad los jardines. Una cosa me atreveré a decirte: que si por algún modo alcanzara que la lección destas novelas pudiera inducir a quien las leyera a algún mal deseo o pensamiento, antes me cortara la mano con que las escribí que sacarlas en público. Mi edad no está ya para burlarse con la otra vida, que al cincuenta y cinco de los años gano por nueve más y por la mano.

A esto se aplicó mi ingenio, por aquí me lleva mi inclinación y más que me doy a entender (y es así) que yo soy el primero que he novelado en lengua castellana; que las muchas novelas que en ella andan impresas todas son traducidas de lenguas extranjeras; y éstas son más propias, no imitadas ni hurtadas: mi ingenio las engendró y las parió mi pluma y van creciendo en los brazos de la estampa".

⁷ CERVANTES SAAVEDRA, Miguel de, *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, Edición de Martín Alonso, Bogotá, Casa Editorial El Tiempo, 2001, Parte I, capítulo 32, p. 260. En adelante citaré los pasajes de la novela de *El curioso impertinente* de la edición de ésta hecha por Celeste Ediciones (Madrid, 1999), en la cual se contiene completo el texto de la novela, extraído de la edición del *Quijote* que acabo de indicar.

cual era bastante causa a que los dos con recíproca amistad se correspondiesen. Bien es verdad que el Anselmo era algo más inclinado a los pasatiempos amorosos que el Lotario, al cual llevaban tras sí los de la caza; pero, cuando se ofrecía, dejaba Anselmo de acudir a sus gustos, por seguir los de Lotario, y desta manera andaban tan a una sus voluntades, que no había concertado reloj que así lo anduviese.

Andaba Anselmo perdido de amores de una doncella principal y hermosa de la misma ciudad, hija de tan buenos padres y tan buena ella por sí, que se determinó, con el parecer de su amigo Lotario, sin el cual ninguna cosa hacía, de pedilla por esposa a sus padres, y así lo puso en ejecución; y el que llevó la embajada fue Lotario, y el que concluyó el negocio, tan a gusto de su amigo, que en breve tiempo se vio puesto en la posesión que deseaba, y Camila tan contenta de haber alcanzado a Anselmo por esposo, que no cesaba de dar gracias al cielo, y a Lotario, por cuyo medio tanto bien le había venido⁸.

Éstas, que son las primeras palabras de la novela en mención, nos ponen ya en presencia, desde el comienzo, de los ingredientes centrales: la amistad entre Anselmo y Lotario, el amor, esa deliciosa pasión que se suscita primero entre Anselmo y su mujer y luego entre ésta y el mejor amigo de su marido; la hermosura femenina representada en la figura de Camila; el ambiente de la "buena familia" a la que los personajes pertenecen; los rituales caballerescos, el ideal del matrimonio feliz. Dichos elementos se combinarán a partir de este momento de distintas formas para producir una historia de amor y de celos, de amistades traicionadas, de honras mancilladas y, sin duda, de la tragedia a la que conduce una curiosidad malsana y enfermiza.

Puestos los elementos esenciales, aparece a continuación el conflicto. Por lo menos tres conflictos básicos aparecen de inmediato. En primer lugar, el conflicto entre amistad y matrimonio, que se suscita ya unos pocos días después de la boda de Anselmo y Camila y a raíz de que Lotario, consciente de que la honra del casado debe estar por encima incluso de la buena y verdadera amistad, se muestra remiso a visitar la casa de su amigo con la frecuencia que hasta entonces lo hacía. El segundo conflicto lo plantea el propio Anselmo, preso del mal de una curiosidad absurda e indecente, al confesarle a su amigo Lotario que experimenta contradicción entre los principios de una vida buena y feliz, como ha sido hasta entonces la suya, y un cierto deseo extraño que le fatiga y remuerde. El tercer conflicto queda planteado por la indecente propuesta de Anselmo a Lotario según la cual él debe "probar" la virtud de Camila, y se expresa con peculiar fuerza por el contraste entre las prudentes razones de Lotario y la decisión con que su amigo Anselmo asume tan absurda empresa; podríamos decir que este tercer conflicto se da en la persona de Lotario entre los deberes de amistad y la idea de acción razonable.

El primer conflicto se resuelve fácilmente. Lotario, hombre discreto y prudente, sabe que no podrá visitar la casa de su amigo con la frecuencia que solía hacerlo; sin embargo, y ante la súplica de Anselmo, que espera que su

⁸ *El curioso impertinente*, p. 9.

nueva condición no dé al traste con tan grande amistad, logra con éste un acuerdo. Nos dice Cervantes que:

A todas estas y muchas otras razones que Anselmo dijo a Lotario para persuadille volviese como solía a su casa, respondió Lotario con tanta prudencia, discreción y aviso, que Anselmo quedó satisfecho de la buena intención de su amigo, y quedaron de concierto que dos días a la semana y las fiestas fuese Lotario a comer con él; y aunque esto quedó así concertado entre los dos, propuso Lotario de no hacer más de aquello que viese que más convenía a la honra de su amigo, cuyo crédito estaba en más que el suyo propio⁹.

El segundo conflicto, sin embargo, tiene un mayor número de dificultades que el anterior y no llegará finalmente a resolverse sino de una forma trágica: con la muerte de su protagonista. Se trata de un asunto más agudo y complejo, sobre todo porque es algo que Anselmo vive en su propio interior y que, por tanto, no puede ser objeto de acuerdo o convenciones. Se trata de un conflicto que plantea una contradicción irresoluble entre principios generales del buen vivir y deseos que se apoderan de nuestro espíritu. Conviene, sin embargo, señalar que, aunque lo que se propone Anselmo resulte necio por principio, y aunque su propia decisión sea tan firme y conduzca de una forma tan directa a la desgracia y la deshonra, no deja de estar expuesto por parte de Anselmo en los términos de un razonamiento finamente construido y casi convincente.

Aunque surgido de un deseo absurdo, el conflicto de Anselmo nos es presentado por Cervantes dentro de un esquema argumentativo sugerente, dentro del cual se manifiesta del modo a la vez más coherente y más dramático la contradicción existente entre las consideraciones generales sobre la felicidad y el bien, que han de ser siempre la premisa mayor de nuestros razonamientos prácticos, y un sentimiento extraño a esos principios que se apodera de todas nuestras percepciones y que, a pesar de la mucha angustia que contiene, solo es posible comunicar a quien se tiene por verdadero amigo. Es así como el autor del *Quijote* nos cuenta que:

(un día en que) los dos se andaban paseando por un prado de la ciudad, Anselmo dijo a Lotario las semejantes razones:

– Pensabas, amigo Lotario, que a las mercedes que Dios me ha hecho en hacerme hijo de tales padres como fueron los míos y al darme con no mano escasa los bienes; así los que llaman de naturaleza como los de fortuna, no puedo yo responder con agradecimiento que llegue al bien recibido y sobre al que me hizo en darme a ti por amigo y a Camila por mujer propia, dos prendas que las estimo, si no en el grado que debo, sí en el que puedo. Pues, con todas estas partes, que suelen ser el todo con que los hombres suelen y pueden vivir contentos, vivo yo el más despechado y el más desabrido hombre de todo el universo mundo, porque no sé qué días a esta parte me fatiga y aprieta un deseo tan extraño y tan fuera del uso común de otros, que yo me maravillo de mí mismo, y me culpo y me riño a solas, y procuro callarlo y encubrillo de mis propios pensamientos, y así me ha sido posible salir con este secreto como si de

⁹ *Ibíd.*, p. 10.

industria procurara decillo a todo el mundo. Y pues que en efecto él ha de salir a plaza, quiero que ello sea en la del archivo de tu secreto, confiado que con él y con la diligencia que pondrás, como mi amigo verdadero, en remediarme, yo me veré presto libre de la angustia que me causa, y llegará mi alegría por tu solicitud al grado que ha llegado mi descontento por mi locura¹⁰.

La descripción que nos hace Anselmo de su conflicto parece a primera vista enteramente evasiva, y así, en efecto, le resulta al propio Lotario, que no entiende a qué viene tanto preámbulo, más aún cuando se dirige a quien considera su verdadero amigo. Conviene recalcar, sin embargo, que, aunque aún no ha llegado al punto central del conflicto, al no confesar aún el deseo que causa su pesar, la descripción que de éste nos hace Anselmo resulta ejemplar desde el punto de vista del razonamiento moral, pues, más que en hechos puntuales, se centra en los dos factores básicos del conflicto: los principios en que uno ha sido educado y en los que cree con firmeza; y los deseos que nos conmueven y no acertamos ni a explicar ni a resistir.

El conflicto moral que vive Anselmo tiene la forma de un conflicto interior, más que de lo que ordinariamente se llama un "dilema moral". Lo que angustia a Anselmo no es tanto lo que debe hacer en ésta o aquélla situación específica cuanto el modo como debe enfrentar un deseo que le corroe y que, aunque considere extraño y carente de razón, no deja de acrecentarse. Ante un deseo que se resiste a ser comprendido, de nada sirven los muchos bienes que se poseen, y lo que se tiene a cambio son todos los sentimientos que se han apoderado del alma de Anselmo: desazón, fatiga, admiración, culpa, impotencia para pensar y para sentir, angustia, deseo, y a la vez duda, de comunicarlo.

Pero si un buen razonamiento práctico debe fundarse en primera instancia en una descripción lo más completa posible del conflicto, en una exposición exhaustiva de principios y sentimientos, no puede dejar de lado una definición expresa del origen del conflicto. Ya no se tratará de decir en términos genéricos que se trata de "un deseo extraño y fuera de razón", sino que habrá que decir en qué consiste el conflicto mismo: "el deseo que me fatiga—dice Anselmo a Lotario— es pensar si Camila, mi esposa, es tan buena y tan perfecta como yo pienso, y no puedo enterarme en esta verdad si no es probándola de manera que la prueba manifieste los quilates de su bondad, como el fuego muestra los del oro"¹¹.

El conflicto tiene, ahora que ha sido definido, una doble faceta: por una parte, el deseo por resolver un interrogante que ha planteado la curiosidad; por la otra, la dificultad que plantea la prueba a que debe someterse, y someter a otros, quien quiere hallarle solución. Hay, sin embargo, y al mismo tiempo, otro factor más que hace del conflicto algo más complejo y más

¹⁰ *Ibidem*, pp. 11-12.

¹¹ *Ibidem*, p. 12.

incomprensible: la absoluta conciencia que tiene el propio Anselmo de que el deseo que le aqueja carece de razón, el franco conocimiento que tiene –y así se lo acaba de decir a Lotario– de que la raíz de todo su descontento está en su propia locura. Anselmo sabe que su deseo es absurdo, pero sabe también que igualmente absurdos son tanto su afán por resolverlo como las pruebas a que debe someterse, y someter a otros, para encontrar la solución. Anselmo sabe desde el principio de lo irracional de su empresa, pero no puede evitar llevarla hasta el final. Sabe que falla su razón, pero está decidido a que su voluntad no falle.

Ocurre, sin embargo, que, cuando la razón falla, la voluntad la pone a su servicio. Anselmo, presa del deseo, se dedica ahora a justificarlo. El deseo aviva la producción de razones, aunque no tenga la fuerza suficiente para controlarla. He aquí algunas de las "razones"¹² que invoca Anselmo para justificar la necesidad de "poner a prueba" a su esposa Camila: que una persona –en este caso su mujer– no es buena sin más, sino que esto sólo se sabe con certeza cuando ésta es sometida a diversas pruebas mediante promesas y dádivas, o mediante ruegos y solicitudes inoportunas; que de nadie se podrá decir con certeza que es bueno, por tanto, si no se le ha dado la ocasión de hacer el mal; y, en fin, que la persona buena sólo se hace tal cuando, con fortaleza, enfrenta los peligros. Lo propio de una persona buena, diría Anselmo, está en que obre el bien por convicción y con propósito firme, y no por temor o falta de ocasión para lo contrario. Estas razones, por supuesto, son las que –según él– dan sentido a la prueba a que quiere someter a Camila, pues está convencido de que, aparte de que podrá resolver el deseo que le aqueja, irán en beneficio de la fortaleza de su esposa. La experiencia, sabe él (una vez más dotado de absoluta conciencia del propósito que lo mueve), puede resultar costosa; y, sin embargo, está decidido a emprenderla, en vista de que los bienes que con ella espera alcanzar superarán con mucho los peligros que representa. Así se lo hace saber a Lotario:

De modo que por estas razones, y por otras muchas que te pudiera decir que acreditan y fortalecen la opinión que tengo, deseo que Camila, mi esposa, pase por estas dificultades y se acrisole y quilate en el fuego de verse requerida y solicitada, y de quien tenga valor para poner en ella sus deseos; y si ella sale, como creo que saldrá, con la palma desta batalla, tendré yo por sin igual mi ventura: podré yo decir que está colmo el vaso de mis deseos, diré que me cupo en suerte la mujer fuerte, de quien el Sabio dice que "¿quién la hallará?". Y cuando esta suceda al revés de lo que pienso, con el gusto de ver que acerté en mi opinión llevaré sin pena la que de razón podrá causarme mi tan costosa experiencia¹³.

¹² El término "razones" que empleo aquí no me lo he inventado yo, sino que es el que usa el propio Anselmo. Es claro, desde luego, que estas razones no serían, desde un punto de vista freudiano, más que "racionalizaciones del deseo". Sin embargo, aquí aparecen expuestas por Anselmo en un orden enteramente lógico y no son, ni mucho menos, "rebuscadas"; son, más bien, razones simples que cualquier hombre con un elemental "sentido común" estaría fácilmente dispuesto a aceptar.

¹³ *El curioso impertinente*, p. 13.

Como vemos, Anselmo se ha llenado de razones: éstas, y muchas otras, según nos dice. Con esto están dadas, según él cree, las condiciones para proceder a la decisión. Lotario habrá de ser, entonces, el instrumento que habrá de labrar aquella obra de su gusto, pues, en el caso de que su prueba resulte fallida, sabrá que, por la mucha amistad que le tiene, contará para siempre con su discreción y su silencio. La decisión de Anselmo, por lo menos en lo que a su forma se refiere, cumple con todos los requisitos de una buena decisión: ha sido argumentada paso a paso, ha considerado los principios más generales en que pueda fundarse su razonamiento, ha identificado los sentimientos que la motivan, ha sopesado una a una las distintas razones que pudieran justificarla, ha escogido los mejores instrumentos para su realización y, sobre todo, se dispone, para realizar su obra, con un ánimo firme, constante y decidido. ¿Cómo puede, entonces, resultar absurda una decisión tan finamente construida? Porque el razonamiento moral falla en un punto decisivo: el examen del deseo.

Anselmo, ante el conflicto que experimenta entre los principios del buen vivir y los deseos que le aquejan, ha preferido tomar a estos últimos como premisa mayor de su razonamiento. De esta forma, todo su razonamiento ha llegado a consistir no más que en una refinada racionalización de sus deseos, ellos en sí mismos poco razonables. El problema no está, sin embargo, en que los deseos no tengan lugar alguno en el razonamiento moral, sino en que tales deseos suponen un examen previo y necesitan ser evaluados. Si consideramos, con Aristóteles, que el juicio práctico es sobre todo un asunto de "buena percepción"¹⁴, no podemos dejar de atender a nuestros deseos; pero, si tomamos en cuenta, a su vez, que lo que buscamos es una decisión razonable, no podemos dejar de someter el deseo a un examen crítico. El buen "perceptor" moral no dejará de hacer el esfuerzo por refinar sus deseos, por hacerlos razonables. Sin este punto de partida, todo esfuerzo por actuar de un modo sensato habrá de venirse a pique y las "buenas razones para actuar" que en tal caso pudiésemos encontrar se verían impotentes ante la incapacidad de clarificar el origen de los motivos y sentimientos que nos impelen a realizar una obra en la que, como ocurre en este caso a Anselmo, espera que labre su felicidad definitiva, aunque en realidad conduzca a su absoluta pérdida. Si el deseo está descaminado, esta "simplicidad" de quien quiere

¹⁴ La idea de que el juicio práctico es, sobre todo, un asunto de buena percepción es desarrollada por Aristóteles en varios pasajes de su obra. Uno de los lugares donde dice esto más explícitamente es el siguiente: "no es fácil distinguir con una definición hasta qué punto y en qué medida es reprochable uno, ni tampoco es fácil de definir ninguna de las cosas sensibles, pues las tales residen en lo particular y el juicio reside en las cosas sensibles" (*Ética a Nicómaco*, 1109b). Utilizo la traducción de José Luis Calvo Martínez (Madrid, Alianza, 2001, p. 93). Este carácter "perceptivo" del juicio práctico ha sido estudiado con cuidado por Wiggins en su artículo "La deliberación y la razón práctica", en RAZ, Joseph (comp.), *Razonamiento práctico*, México, F. C. E., 1992; y también por Martha Nussbaum en su texto "El discernimiento de la percepción: una concepción aristotélica de la racionalidad privada y pública", en *Estudios de filosofía*, 11 (1995) 107-167.

resolver un conflicto interior sin ahondar en sus sentimientos habrá de terminar en ruina y en tragedia, como se lo hace ver su amigo Lotario:

—Paréceme, ¡oh Anselmo!, que (...) el deseo que en ti ha nacido va tan descaminado y tan fuera de todo aquello que tenga sombra de razonable, que me parece que ha de ser tiempo gastado el que ocupare en darte a entender tu simplicidad —que por ahora no le quiero dar otro nombre—, y aun estoy por dejarte en tu desatino, en pena de tu mal deseo; mas no me deja usar deste rigor la amistad que te tengo, la cual no consiente que te deje puesto en tan manifiesto peligro de perderte¹⁵.

Anselmo está, pues, decidido a emprender su cometido, a pesar de que las muchas razones que nos ha expuesto parezcan tan poco razonables. ¿Se le podrá acaso convencer de que desista de su empresa? ¿Podrán las buenas razones de Lotario persuadirlo de que no ponga a prueba innecesariamente el amor que Camila le tiene y la propia honra, así como de aquellos a quien tanto quiere? Si Anselmo, aunque sometido por un deseo que ni comprende ni domina, ha expuesto tan claramente las razones de su acción, ¿estará Lotario en condiciones de ofrecer un mejor razonamiento que haga, por fin, ver a su amigo su simplicidad y su desatino?

3. LOTARIO: EL CONFLICTO ENTRE LOS DEBERES DE AMISTAD Y LA ACCIÓN RAZONABLE

Hemos podido ver hasta el momento dos modelos distintos de razonamiento moral. El primero, puesto que lo que están en conflicto no son más que prácticas concretas y el respeto a ciertas reglas y costumbres, no plantea mayores dificultades y puede resolverse por un acuerdo explícito entre los implicados. Aquí los modelos clásicos de resolución de conflictos, que atienden a la búsqueda de un consenso, pueden fácilmente funcionar. En el segundo modelo, representado por el conflicto interior de Anselmo, no hay, sin embargo, lugar para tales cosas, pues el conflicto se vive interiormente y a raíz de sentimientos y deseos que requieren de un examen más profundo que aquél que el buen razonamiento garantiza; y no se resolverá, por tanto, en el simple diálogo basado en razones. El conflicto entre principios y deseos requiere mucho más que buena argumentación.

Nos queda, ahora, por examinar un tercer modelo de razonamiento moral, que nos aparece aquí personificado en la figura de Lotario, para quien la propuesta indecente de su amigo Anselmo le plantea un serio conflicto entre los deberes de la amistad y las reglas de una acción razonable. El examen que de dicha propuesta hará Lotario habrá de llevarlo hacia consideraciones aún más abstractas sobre las relaciones de amistad, los posibles conflictos que entre bienes y virtudes pueden suscitarse, el lugar que "el ingenio" ha de tener en la solución de conflictos de orden práctico, la forma de elaborar los principios de una acción razonable o el lugar que el interés propio

¹⁵ *El curioso impertinente*, p. 15.

o la imaginación poética pueden tener en nuestros juicios morales. Examinemos más despacio, entonces, a continuación cada uno de estos asuntos.

La reacción de Lotario ante las razones previamente expuestas por Anselmo no pudo ser otra que la extrañeza, el asombro y el espanto. Nos dice Cervantes que "le estuvo mirando un buen espacio, como si mirara otra cosa que jamás hubiera visto"¹⁶. Aunque escuchó con sumo cuidado el discurso de su amigo, Lotario estaba desde el principio convencido de que su propuesta no sólo era indecente, sino absurda, carente de razón. ¿Cómo entenderla, entonces? ¿Se trataba simplemente de una broma? Era posible, y, sin embargo, la seriedad, claridad y decisión con que la había expuesto Anselmo hacía dudar seriamente de esa posibilidad. ¿Podría ser quien acababa de hablar el mismo Anselmo que lo acompañara durante tantos años en sus muchos pasatiempos? Era evidente que sí, pero le resultaba casi imposible reconocerlo. Además, ese Anselmo, su amigo, había hablado todo el tiempo en nombre de la mutua amistad que hace tantos años los unía; pero, si la amistad se basa en el conocimiento de los amigos, ¿podría él decir que conocía Anselmo después de lo que acababa de escuchar, o podía suponer que Anselmo lo conocía a él cuando acababa de proponerle cosa tan fuera de lugar? Suponiendo, por otra parte, que su amistad en nada se resintiese, ¿hasta dónde habrían de llegar los deberes que la amistad comporta? ¿Debe uno enterrarse con el amigo, o hacer por él cosas que vayan contra uno mismo o contra deberes sagrados que están más allá de las relaciones que se dan entre personas? Éstas eran las primeras cuestiones en las que Lotario se debatía ante la propuesta de su amigo, pero sólo para algunas, como para esta última, hallaba alguna posible respuesta:

(...) los buenos amigos —dice Lotario— han de probar a sus amigos y valerse dellos, como dijo un poeta, "usque ad aras" (hasta el altar), que quiso decir que no se habían de valer de su amistad en cosas que no fuesen contra Dios. Pues si esto sintió un gentil de la amistad, ¿cuánto mejor es que lo sienta el cristiano, que sabe que por ninguna humana ha de perder la amistad divina? Y cuando el amigo tirase tanto la barra, que pusiese aparte los respetos del cielo por acudir a los de su amigo, no ha de ser por cosas tan ligeras y de poco momento, sino por aquellas en que vaya la honra y la vida de su amigo¹⁷.

Lotario lo percibe desde el comienzo: la propuesta de su amigo Anselmo no solo riñe con la razón, sino que en ningún caso es consecuente con la amistad y el mutuo conocimiento. No hay, pues, ninguna razón para secundarla ni encuentra ninguna justificación en los deberes que la amistad comporta. Sin embargo, ¿cómo dejar al amigo solo cuando se ve que todavía es posible evitar su desgracia? Es claro que la acción que se propone emprender carece de toda razonabilidad. Pero, ¿cómo hacérselo ver? Lotario opta por el camino del razonamiento. Espera, tal vez, que un razonamiento bien elaborado, fina-

¹⁶ *Ibidem*, p. 14.

¹⁷ *Ibidem*, p. 14.

mente construido, pueda hacerle desistir de esta empresa de locura. Ahora bien, ¿por dónde comenzar dicho razonamiento?

Lotario ha percibido que la propuesta de su amigo es una muestra de que falla su ingenio, una muestra de simplicidad y desatino. Su ingenio, le dirá, es comparable al de los moros, "a los cuales no se les puede dar a entender el error de su secta con las acotaciones de la Santa Escritura ni con razones que consistan en especulación del entendimiento, ni que vayan fundadas en artículos de fe, sino que les han de traer ejemplos palpables, con demostraciones matemáticas que no pueden negar, (...); y cuando esto no entiendan de palabra, como en efecto no lo entienden, háseles de mostrar con las manos y ponérselo delante de los ojos, y aun con todo esto no basta nadie con ellos a persuadirles las verdades de nuestra sacra religión"¹⁸.

Lotario parece saber, pues, desde el comienzo, que el camino que ha escogido, aunque es el único posible, resultará deficiente para lograr persuadir al amigo de que cometa tal locura, pues cuando se está presa de un mal deseo —que es precisamente lo que ocurre con Anselmo— la guía de la razón se torna no sólo insuficiente, sino incluso absolutamente impotente. No dejará, sin embargo, de intentar que su amigo entre en razón. Para ello buscará entonces los "ejemplos palpables" e incluso las "demostraciones matemáticas" que puedan ayudarle a encauzar por buena senda el razonamiento. Se remite así a un "axioma moral" fundamental en aquella época caballeresca: el de la superioridad de la honra sobre la vida. Partiendo de este axioma, el razonamiento se construye más o menos de esta forma: si la honra vale más que la vida, quitarle a alguien la honra es peor que quitarle la vida; y, puesto que lo que Anselmo se propone va contra la honra de Camila (e incluso contra la de ellos dos), lo que le está pidiendo es algo peor que si lo invitara a acabar con la vida de los tres. Retengamos por ahora este razonamiento tal como está expresado en la inmortal prosa cervantina:

*(...) me pides, según yo entiendo, que procure y solicite quitarte la honra y la vida, y quitármela a mí juntamente, porque si yo he de procurar quitarte la honra, claro está que te quito la vida, pues el hombre sin honra peor es que un muerto; y siendo yo el instrumento, como tú quieres que lo sea, de tanto mal tuyo, ¿no vengo a quedar deshonrado y, por el mismo consiguiente, sin vida?*¹⁹.

Lotario ha empezado su razonamiento por lo más palpable: las posibles consecuencias que habrían de seguirse de emprender la tarea que Anselmo le propone. En cualquier caso tales consecuencias serán necesariamente malas e indeseables para todos los implicados en el asunto. Ello, de por sí, constituye una razón suficiente para desistir de la empresa. Sabe, sin embargo, que, cuando alguien se propone algo insensato, aun estas razones tan palpables son absolutamente insuficientes, pues no sólo su entendimiento se encuentra obnubilado, sino que su propio poder de percepción está embotado por la

¹⁸ *Ibidem*, p. 15.

¹⁹ *Ibidem*, p. 15.

presencia de un deseo poderoso e irresistible. ¿Cómo dar fuerza, entonces, a las razones hasta ahora presentadas?

Lotario ensaya a continuación una nueva estrategia: la de examinar los supuestos mismos en que se funda la propuesta de su amigo e intentar mostrarle la necesaria autocontradicción que hay en ellos. "¿Tú no me has dicho –le pregunta a Anselmo– que tengo que solicitar a una retirada, persuadir a una honesta, ofrecer a una desinteresada, servir a una prudente?"²⁰. Es claro que esto es lo que ha dicho Anselmo, y es claro también que toda su propuesta encierra una sensible autocontradicción, pues carece de sentido intentar cortejar a quien se caracteriza por su recato y por llevar una vida retirada, pretender persuadir a quien se caracteriza por su honestidad y rectitud, buscar halagar a quien se caracteriza por el desinterés o ponerse al servicio de quien, por su prudencia, ni lo requiere ni lo necesita. Ocurre, además, que la autocontradicción no sólo está en lo que se propone, sino incluso en la propuesta misma: si Anselmo sabe que su mujer es retirada, honesta, desinteresada y prudente, ¿qué sentido puede tener el ponerla a prueba?, ¿qué se puede buscar con ello? ¿Qué sentido tiene pretender alcanzar un bien que ya se posee? Más aún. Si suponemos que Camila saldrá vencedora de la prueba a que se le somete, como es razonable pensar, ningún bien se alcanzará con ello, sino que esto solo servirá para confirmar lo que ya se sabe.

Por donde se le mire, pues, lo que Anselmo pretende carece de fundamento. Y, sin embargo, el examen que del asunto sigue haciendo Lotario tomará a continuación un más alto vuelo especulativo, pues, así como resulta claro, por las consecuencias que se siguen, la inconveniencia de llevar adelante la empresa, se hace aún más evidente si se consideran principios más generales. Es así como, del examen previo, logra Lotario decantar principios más generales de la acción razonable. Tales principios²¹ podríamos resumirlos, siguiendo el razonamiento de Lotario, en tres básicos, cada uno con sus respectivas consecuencias:

- a) "Impertinente cosa será hacer experiencia de la misma verdad". Es decir, si ya sabemos que algo es verdadero –como se tiene por verdad aquí la honestidad y rectitud de Camila– no hay razón alguna que nos exija ponerlo a prueba.
- b) "Intentar las cosas de las cuales antes nos puede suceder daño que provecho es manifiesta locura", pues ello es propio de hombres carentes de juicio y de personas temerarias que se empeñan en que las cosas sigan un curso diferente al de su naturaleza.

²⁰ *Ibidem*, p. 16.

²¹ Esto que he llamado "principios de acción razonable", y que expondré a continuación, son algunas tesis generales que están presentes en el discurso de Anselmo. Los pasajes que enseguida se encontrarán entre comillas son citas textuales de la página 16 de *El curioso impertinente*.

- c) "Las cosas dificultosas se intentan por Dios o por el mundo, o por entrambos a dos". Y es claro que lo que propone Anselmo es cosa difícil, pero que no se asemeja en nada a lo que se emprende por Dios, como son las obras de los santos; ni a lo que se emprende por el mundo, como son los actos de quienes buscan fortuna; y mucho menos aún de lo que se intenta juntamente por Dios y por el mundo, como las obras de los soldados valerosos que enfrentan todos los peligros motivados por el bien de su fe, de su nación o de su rey.

El examen de las consecuencias y supuestos que subyacen a la petición de Anselmo, así como los principios que Lotario ha logrado decantar de dicho examen, ofrecen ya los elementos principales a partir de los cuales podrá ahora Lotario elaborar una conclusión primera en torno a la propuesta de su amigo Anselmo. Solo hay dos posibilidades: o Anselmo no tiene a su mujer por lo que dice: una persona honesta, recatada y prudente; o Anselmo simplemente no sabe qué es lo que está pidiendo. En cualquiera de los dos casos lo que se propone solo puede fundarse en algo que habla mal de sí mismo. En el primero muestra desconfianza hacia su esposa sin que exista ningún motivo ni la menor ocasión para ello, por lo que falta a su deber al no reconocer en su esposa las virtudes que posee. En el segundo simplemente se comporta como hombre carente de juicio que intenta hacer algo de lo que habrá de seguirse más daño que provecho, con lo cual da muestras de locura manifiesta. Además, y aquí nuevamente Lotario vuelve a actuar como amigo prudente que cuida del bien de su amigo, lo que busca sólo puede llevarlo a su propia desgracia. Le dice Lotario:

(...) (lo) que tú dices que quieres intentar y poner por obra ni te ha de alcanzar gloria de Dios, ni bienes de la fortuna, ni fama con los hombres, porque, puesto que salgas con ello como deseas, no has de quedar ni más ufano, ni más rico, ni más honrado que estás ahora; y si no sales, te has de ver en la mayor miseria que imaginarse pueda, porque no te ha de aprovechar pensar entonces que no sabe nadie la desgracia que te ha sucedido, porque bastará para afligirte y deshacerte que la sepas tú mismo²².

Las razones de Lotario parecen concluyentes, y podríamos pensar que aquí termina su argumentación. No es así, sin embargo, pues, si bien las razones ya expuestas parecerían suficientes para disuadir a su amigo Anselmo de su loca intención, Lotario no dejará de acudir a cuanto recurso sirva para fortalecer su razonamiento; y, si en ello las imágenes tienen algún lugar, habrá que acudir a ellas. Es así como Lotario, a partir de este momento, recurrirá a la poesía, a los ejemplos palpables que ofrecen ciertas analogías, a las tradiciones que comparten, y hasta a su propio interés, para intentar hacerle ver a Anselmo que su deseo está desviado y que su propuesta peca de absoluta insensatez. La argumentación que viene a continuación podrá carecer en alguna medida, tal vez, del rigor lógico que encontramos en lo anterior, pero, a cambio de ello, ganará en poder dramático.

²² *El curioso impertinente*, pp. 16-17.

El recurso primero de Lotario lo encuentra en la poesía, pues ésta parece imprimir a la argumentación moral una altura dramática y una penetración psicológica que no habrá que despreciar en ningún caso cuando se trata de salvar la honra y la vida de un amigo. A través de una estancia del poeta italiano Luis Tansilo, en la que se describe el remordimiento de Pedro después de que ha negado conocer a Cristo, intentará mostrar a Anselmo la aflicción en que se encontrará tras haber labrado su desgracia. El poema dice así:

*Crece el dolor y crece la vergüenza
en Pedro, cuando el día se ha mostrado,
y aunque allí no ve a nadie, se avergüenza
de sí mismo, por ver que había pecado:
que a un magnánimo pecho a haber vergüenza
no solo ha de moverle el ser mirado,
que de sí se avergüenza cuando yerra,
sí bien otro no ve que cielo y tierra²³.*

Como vemos, el poema citado no es simplemente un adorno erudito a la argumentación presentada, sino una forma de hacerla más dramática, más viva, más convincente, e incluso más verdadera. Y ello no sólo por aquello en lo que el poema insiste: que el sentimiento de la vergüenza y el modo como éste se vive no depende tanto de lo que otros miren en nosotros como del propio dolor que suscitan nuestros yerros, pues la vergüenza primera la tenemos con nosotros y no con el juicio de los semejantes; sino también porque lo que el poema afirma viene en apoyo de la argumentación previa, en la cual ha mostrado Lotario a su amigo Anselmo que el mal que sobreviene de la tarea que se propone caerá todo sobre él mismo. Lotario nos muestra aquí, por otra parte, el modo como nuestra vida puede leerse a través de las narraciones que compartimos con otros, pues el sentimiento de vergüenza que experimentará Anselmo ante la conclusión de su proyecto será en todo semejante al que experimentó Pedro el día en que ejecutaron a Cristo. El argumento de que esto no es más que simple "ficción" no vale para Lotario:

(...) que, puesto que aquello sea ficción poética, tiene en sí encerrados secretos morales dignos de ser advertidos e imitados. Cuanto más que con lo que ahora pienso decirte acabarás de venir en conocimiento del grande error que quieres cometer²⁴.

Pero aquí no para todo. Lotario acude en busca de nuevas imágenes, muchas de las cuales encontrará en la naturaleza o en el arte de los hombres. Es aquí donde recurre a tres poderosas analogías: en la primera compara a Camila con un diamante finísimo cuya bondad y quilates satisfacen a todos y al que nadie estaría dispuesto a someter a la fuerza del yunque y el martillo; en la segunda compara a la mujer honesta y casta con el arminio que, ante la persecución de los cazadores, prefiere dejarse prender por ellos antes que mancillar su blancura con el lodo; en la tercera asemeja a la mujer buena con

²³ *Ibidem*, p. 17.

²⁴ *Ibidem*, p. 17.

un espejo de cristal luciente y claro que no se debe dejar empañar ni oscurecer con el toque de nuestro aliento; todo lo anterior con el fin de mostrar a Anselmo que lo que es de un valor por su bondad intrínseca no requiere ser sometido a prueba, que la virtud y limpieza de una mujer honesta es preciso guardarla y conservarla antes que someterla al azar de los cazadores de amores y fortuna, y que la mujer buena es y debe ser objeto de adoración, antes que tocarla incluso con el aliento²⁵.

El recurso a la analogía en la argumentación moral tiene una doble utilidad. Por una parte, el razonamiento analógico, un modo peculiar de razonamiento inductivo, tiene su fuerza en su carácter exploratorio; una buena analogía, aunque no permita sacar conclusiones válidas, ofrece un punto de apoyo valioso para seguir explorando un problema, pues, a las primeras semejanzas que podamos identificar, vendrán a sumarse otras, siendo una buena analogía una fuente inagotable de reflexión moral y una manera de introducir en esta última una necesaria dosis de sentido común. Por la otra, la analogía tiene el poder, por lo mismo que acabamos de señalar, de avivar la imaginación moral. Es así como Lotario, después de que ha comparado a Camila con un finísimo diamante cuya bondad y finura estaba fuera de duda para todos los especialistas, y de preguntar a Anselmo si sería sensato someter a tal diamante a la fuerza de muchos golpes con el fin de ver si resultaba posible romperlo, le pide a éste que se imagine que Camila es como ese finísimo diamante y que lo que él se propone es tan absurdo como lo que harían todos aquellos insensatos que someten al poderoso diamante a la fuerza del martillo:

Pues haz cuenta, Anselmo amigo, que Camila es finísimo diamante, así en tu estimación como en la ajena, y que no es razón ponerla en contingencia de que se quiebre, pues aunque se quede con su entereza no puede subir a más valor del que ahora tiene; y si faltase y no resistiese, considera desde ahora cuál quedarías sin ella y con cuánta razón te podrías quejar de ti mismo, por haber sido causa de su perdición y la tuya. Mira que no hay joya en el mundo que tanto valga como la mujer casta y honrada, y que todo el honor de las mujeres consiste en la opinión buena que dellas se tiene; y pues la de tu esposa es tal que llega al extremo de bondad que sabes, ¿para qué quieres poner esta verdad en duda?²⁶

Por si fueran pocas las razones e imágenes anteriormente mencionadas, no deja Lotario escapar ningún recurso que pudiera poner en entredicho la fatal decisión de su amigo Anselmo. De esta forma, y si las razones ofrecidas, las cuales muestran el mucho mal que ello implicaría para el propio Anselmo, no resultaran suficientes, Lotario invoca su interés propio, intentando mos-

²⁵ Estas tres analogías están mucho más desarrolladas, tanto en la descripción del objeto con el que se compara como en las conclusiones que de ella pueden extraerse para el caso de Camila, en las páginas 17-19 de *El curioso impertinente*. La tercera analogía, la del espejo de cristal, viene, además reforzada por unos versos, tomados de una comedia moderna, en donde se describe a la mujer como un vidrio que puede fácilmente quebrarse. El poema completo se encuentra en la página 19.

²⁶ *El curioso impertinente*, p. 18.

trarle a su amigo que su propuesta va contra el propio bien de las personas que tiene en mayor estimación: su esposa Camila y él mismo, su mejor amigo²⁷. Podría alguien pensar que aquí Lotario se comporta como una persona egoísta que solo piensa en su propio beneficio, o que, por lo menos, solo le preocupa el no recibir daño. No hay razón ninguna, sin embargo, que nos permita pensar que en el razonamiento moral no tenga lugar el interés propio ni nada que nos indique que el interés propio es siempre de carácter egoísta. Este "interés propio", por lo menos en el caso de Lotario, se funda también en principios morales que pueden y deben gozar de respeto por parte de todos los hombres racionales, como el de la honra propia y la del amigo. Defendiendo su propia honra, defiende Lotario la honra de su amigo y defiende, a su vez, la amistad que los liga. La amistad es una comunidad de intereses que se puede consolidar mejor en tanto cada uno lucha por defender su propia identidad, y no precisamente porque cada uno renuncie a ser lo que es o decida plegarse en todo a la voluntad del amigo.

De otra parte, además, la amistad, esa relación básica que, según Aristóteles, nos hace deseable vivir la vida²⁸, no es algo que se dé en el aire, sino que a menudo se funda en el hecho de que los amigos comparten tradiciones comunes. Lotario le recuerda, pues, a Anselmo que, por su curiosidad extrema, no quiera poner en peligro una institución que, como hombre de bien y buen cristiano, debe respetar: la institución del matrimonio, que fue establecida por el propio Dios cuando, al declarar a hombre y mujer una sola carne, los ligó con lazos que solo la muerte puede desatar. Por supuesto, las tradiciones no tienen un carácter absoluto, pero son para nuestra acción marcos de referencia que nunca podemos dejar de tener presentes; además, son tradiciones que requieren de una permanente interpretación. Y Lotario le ofrece, entonces, a su amigo una interpretación del sacramento del matrimonio en términos de una comunidad de voluntades en la cual los desatinos de una parte representan dolor y desgracia para la otra. Dice Lotario:

Porque así como el dolor del pie o de cualquier miembro del cuerpo humano le siente todo el cuerpo, por ser todo de una carne misma, y la cabeza siente el daño del tobillo, sin que ella se le haya causado, así el marido es participante de la deshonra de la mujer, por ser una misma cosa con ella; y como las honras y deshonras del mundo sean todas y nazcan de carne y sangre, y las de la mujer mala sean deste género, es forzoso que al marido le quepa parte dellas y sea tenido por deshonrado sin que él lo sepa²⁹.

Lotario lo ha considerado casi todo: circunstancias y supuestos, consecuencias y principios de acción razonable, intereses y tradiciones, méritos y motivos; y, como si ello fuera poco, ha recurrido a cuanta imagen poderosa pueda despertar la reflexión de Anselmo: ha recurrido a cuanto ejemplo pal-

²⁷ Cfr. *Ibidem*, p. 20.

²⁸ Cfr. *Ética a Nicómaco*, 1155a. Dice allí Aristóteles: "(la amistad) es una cosa muy necesaria para la vida, pues sin amigos nadie desearía vivir aunque poseyera todos los demás bienes".

²⁹ *El curioso impertinente*, p. 21.

pable y analogía, a cuanto axioma moral, a cuanta figura literaria ha considerado apropiada para despertar la imaginación moral de Anselmo y para hacerle considerar alternativas de acción más razonables. Se ha llenado de criterios diversos que puedan ayudar a aquilatar su juicio. Se ha comportado, pues, como persona prudente que elabora un juicio ponderado, sensato y oportuno. Su juicio se ha ilustrado en la consideración de todos los factores determinantes de una acción razonable. Con todo ello, sin embargo, cuando da su veredicto final, en donde se niega a secundar la empresa de Anselmo, no deja incluso de ahorrar el recurso extremo de la súplica:

Mira, pues, ¡oh Anselmo!, al peligro que te pones en querer perturbar el sosiego en que tu buena esposa vive; mira por cuán vana e impertinente curiosidad quieres resolver los humores que ahora están sosegados en el pecho de tu casta esposa; advierte que lo que aventuras a ganar es poco y que lo que perderás es tanto, que lo dejaré en su punto, porque me faltan palabras para encarecerlo. Pero si todo cuanto he dicho no basta a moverte de tu mal propósito, bien puedes buscar otro instrumento de tu deshonor y desventura, que yo no pienso serlo aunque por ello pierda tu amistad, que es la mayor pérdida que imaginar puedo³⁰.

Lotario lo ha ensayado todo. Su razonamiento es casi perfecto. Su decisión de no secundar a Anselmo parece firmemente establecida. Sin embargo, su discreción y poder de razonamiento son vencidos, una vez más, por unas pasiones tan irresistibles como imposibles de adivinar o comprender: una curiosidad sin límites que termina por hacer desatar la fuerza del amor allí donde no cabía en principio más que el respeto, la honra y la amistad. La discreción y serena reflexión de Lotario resulta vencida por la curiosidad impertinente de Anselmo. Pero, ¿cómo puede suceder tal cosa?

4. LA CURIOSIDAD IMPERTINENTE, O LA PRETENSIÓN MALSANA DE BUSCAR EN ASUNTOS MORALES MÁS PRECISIÓN QUE AQUELLA QUE LA MATERIA CONSIENTE

Las reflexiones del prudente Lotario han dejado atónito a su amigo Anselmo. Su argumentación es absolutamente concluyente. Sus razones no pueden ser mejores. Las imágenes de que se vale su discurso no pueden ser más apropiadas. El asunto es absolutamente transparente, como lo reconoce el propio Anselmo: "(...) en tus razones, ejemplos y comparaciones he visto la mucha discreción que tienes y el extremo de la verdadera amistad que alcanzas, y ansimesmo veo y confieso que si no sigo tu parecer y me voy tras el mío, voy huyendo del bien y corriendo tras el mal"³¹.

Sin embargo, la razón nada puede contra la enfermedad, así como la medicina nada puede contra la enfermedad moral. Anselmo sabe que padece del terrible mal de una curiosidad llevada hasta el extremo. Sabemos todos que la curiosidad no es un vicio en sí mismo. Más aún, con frecuencia la con-

³⁰ *Ibidem*, p. 21.

³¹ *Ibidem*, p. 22.

sideramos un bien digno de alabanza. La curiosidad solo es un mal cuando se torna desbordada, persistente, malsana, obsesiva. Cervantes resume todo esto en una sola expresión: curiosidad impertinente. Ese es el mal que aqueja a Anselmo en grado sumo. La curiosidad de éste no tiene razón ni ocasión, pues ni Camila ha dado motivo alguno para que él sospeche de su fidelidad ni, aún si lo hubiera dado, ello sería razón suficiente para que debiera ser puesta a prueba de la forma que lo hace; pero, sobre todo, es una curiosidad absurda y enfermiza. Absurda porque se propone saber si es cierto algo de lo que tiene pruebas palpables, la fidelidad de Camila, y se empeña tanto en probar aquello que es cierto que termina por invalidarlo; además, lo hace de un modo tan persistente que termina por provocar lo indeseado mediante la creación de una situación totalmente artificial. Enfermiza porque, a pesar de que reconoce que las advertencias de Lotario son razonables, no sólo no las acoge sino que le impone a su amigo una decisión ya tomada y hasta le amenaza con confiar su secreto y su misión a otra persona diferente.

Finalmente Lotario cede ante la presión moral de Anselmo para desgracia de todos los implicados. Lo hace, tal vez, para evitar otros males posibles: la deshonra que se seguiría de que el secreto de Anselmo fuera confiado a persona menos discreta o el propio temor de herir en algo los sentimientos de Anselmo o de afectar la amistad que los ligaba. Llegan, pues, a un acuerdo para que Lotario empezase a cortejar a Camila y hasta le procura Anselmo los medios por los cuales pudiera darle regalos y ofrecerle joyas. Esta fue la solución que encontraron, pero éste fue también el error y la desgracia. Si la primera vez habían encontrado solución a sus diferencias mediante un convenio, esta vez el acuerdo se encontraba por completo fuera de lugar. Y es que los conflictos morales fundamentales nunca se resuelven por acuerdo, sino sólo en la medida en que cada uno lucha por su propia honra y por su propio bien. Lo que se requiere en cuestiones morales es ser razonable y no simplemente tener capacidad de negociación, pues, por más acuerdo que exista entre personas, ello no es garantía de la rectitud de la acción, que depende más de la razonabilidad de la acción misma que del acuerdo de las voluntades.

Ocurre, además, que, cuando la enfermedad no se enfrenta de forma decidida, ésta se acrecienta. Y así ocurrió con la curiosidad enfermiza de Anselmo, que, una vez hubo logrado el acuerdo con Lotario, se exacerbó hasta el extremo de espiar por los agujeros de las cerraduras y de someter a Camila, más allá de las palabras, a la prueba de las obras, suscitando a cada instante que los temores de su amigo se hicieran ciertos al dejarle en poder de tan peligroso consejero como son las pasiones amorosas. Lotario, por su parte, que fue brillante en su juicio, resultó débil a la hora de afrontar sus consecuencias y fue cediendo, una a una, a todas las peticiones de Anselmo. La "curiosidad impertinente" no sólo se apoderó de Anselmo sino que logró, incluso, echar a pique las razones de Anselmo.

¿De dónde nos viene, acaso, esa manía de pretender saberlo todo con toda exactitud, y, sobre todo, de pretender saberlo todo con una verdad que, para

ciertos asuntos, no sólo resulta imposible, sino incluso pernicioso? Es cierto que, cuando indagamos por el orden presente en el universo, pretendemos alcanzar un conocimiento verdadero, y que, para ello, debemos elaborar los modos de prueba más refinados con el fin de verificar y fortalecer nuestras conclusiones. Pero, ¿quién dijo, acaso, que esa "verdad a toda prueba" a la que aspiramos en el plano del conocimiento sea necesaria, o siquiera deseable, en el ámbito de las cuestiones humanas? Ya nos dijo Aristóteles, en un pasaje inmortal de su *Ética a Nicómaco*³², que, en los asuntos prácticos, no deberíamos aspirar a mayor precisión que a aquella que la materia consiente.

La impertinente curiosidad de Anselmo radica precisamente en olvidar este asunto y en pretender saber, a fuerza de poner a su mujer pruebas inútiles, lo que ni se puede ni conviene saber. Lotario, por otra parte, ya se lo había advertido: "de la verdad misma no se hace prueba"; y la "verdad" cuando se trata de asuntos morales no puede ser otra que aquella que nos procuran las relaciones de confianza con todos aquellos que amamos y estimamos. Si una persona es de fiar no es por otra razón precisamente que porque confiamos en ella. ¿A qué venía, entonces, el afán por probar la virtud de Camila, cuando ésta era evidente? La curiosidad impertinente, que tan bellamente nos ha expuesto Cervantes en su novela, tal vez no consista más que en esa pretensión malsana de querer buscar en las relaciones entre personas un grado de certeza mayor que el que la naturaleza misma de los asuntos humanos nos permite alcanzar. La confianza como base de las relaciones humanas, y no la resistencia a las "pruebas" siempre artificiales de una racionalidad meramente instrumental, es la única certeza que tiene sentido en asuntos morales.

Dejemos por ahora a nuestro "curioso impertinente" y despedámoslo con un lamento, aquél que merece por haber olvidado un principio tan simple pero tan esencial, y por pretender conocer lo imposible negándose a sí mismo el disfrute de lo posible; concluyamos, pues, con el mismo lamento que el novelista no pudo resistirse a escribir suspendiendo por un momento su narración:

¡Desdichado y mal advertido de ti, Anselmo! ¿Qué es lo que haces? ¿Qué es la que trazas? ¿Qué es lo que ordenas? Mira que haces contra ti mismo, trazando tu deshonra y ordenando tu perdición. Buena es tu esposa Camila; quieta y sosegadamente la posees; nadie sobresalta tu gusto; sus pensamientos no salen de las paredes de su casa; tú eres su cielo en la tierra, el blanco de sus deseos, el cumplimiento de sus gustos y la medida por donde mide su voluntad, ajustándola en todo con la tuya y con la del cielo. Pues si la mina de su honor, hermosura, honestidad y recogimiento te da sin ningún trabajo toda la riqueza que tiene y tú puedes desear, ¿para qué quieres ahondar la tierra y buscar nuevas vetas de nuevo y nunca visto tesoro, poniéndote a peligro que toda venga abajo, pues en fin se sustenta sobre los débiles arrimos de su flaca naturaleza? Mira que el que busca lo imposible, es justo que lo posible se le niegue, como lo dijo mejor un poeta, diciendo:

³² Cfr. *Ética a Nicómaco*, 1094b-1095a.

*Busco en la muerte la vida,
salud en la enfermedad,
en la prisión libertad,
en lo cerrado salida
y en el traidor lealtad.
Pero mi suerte, de quien
jamás espero algún bien,
con el cielo ha estatuido
que, pues lo imposible pido,
lo posible aun no me den³³.*

³³ *El curioso impertinente*, pp. 26-27.